

RESEÑA DE LIBROS

ALONSO DE SANDOVAL, *Un tratado sobre la esclavitud*. Introducción y transcripción de Enriqueta Vila Vilar, Madrid, Alianza Universidad, 1987.

En un loable intento de divulgación, la Alianza Universidad, que se ha dedicado a popularizar obras clásicas del pasado, ha reeditado el libro del eminente jesuita Alonso de Sandoval, publicado originalmente en 1627, en Sevilla, y tres siglos más tarde, por la Biblioteca de la Presidencia de Colombia en 1956, con un prólogo del padre Ángel Valtierra S. J. Este libro — que constituye, sin duda, el mejor estudio de etnografía africana del primer tercio del siglo xvii y aun de toda esa centuria — es el fruto de los desvelos de un benemérito sacerdote que dedicó los cuarenta y cinco años de su permanencia en Cartagena de Indias — desde 1605 hasta su muerte, ocurrida en 1652 (con dos años de ausencia en Lima) — al cuidado y protección de los desgraciados esclavos que afluyeron entonces en cantidades, después nunca superadas, a Cartagena, que por aquella época ostentaba el doloroso privilegio de ser el primer puerto negrero de toda América, por no decir que de todo el mundo, con la excepción de Luanda.

El título original que le dio su autor — *De Instauranda Aethiopum Salute* (que aparece en la segunda edición de 1647) — refleja con gran precisión el contenido de la obra. La empresa editorial, seguramente con el propósito de llegar a un mayor número de lectores, lo cambió por éste: *Un tratado sobre la esclavitud*, que no es seguramente el más preciso ni el más adecuado. Hubiera podido escogerse otro, igualmente impactante, que no se apartara tanto del título original, ni del propósito, ni de las metas del autor. Otra falla que podemos señalar es la de que la prologuista y editora, la distinguida historiadora Enriqueta Vila Vilar, no hubiera consultado, al redactar su excelente introducción biográfica, los precisos datos que sobre el padre Sandoval trae el ya clásico libro *El latín en Colombia* del doctor José Manuel Rivas Sacconi. Esto último, si bien lamentable, no le resta méritos al clarificador estudio de la profesora Vila Vilar sobre la interesante vida del padre Sandoval, que enriquece con nuevos datos.

El padre del jesuita Sandoval, Tristán Sánchez, viajó al Perú, entre 1540 y 1550, y luego, en 1573, retornó a España con su

mujer, cuatro hijos, dos criados, una esclava y un hijo natural. En España permaneció hasta 1583, año en que volvió a Lima con un cargo oficial. Durante esos años de residencia en España, Tristán enviudó y se volvió a casar con doña María de Aguilera, quizá sevillana, y de esta unión nació, hacia 1576, Alonso de Sandoval, en Sevilla, según la profesora Vila Vilar, aunque el propio Sandoval estamparía en la portada de su libro *ser natural de Toledo*. Sandoval estudia en el Colegio de San Martín de Lima, ingresa a la Compañía de Jesús y es trasladado a Cartagena en 1605 en donde vivirá hasta su muerte ocurrida en 1652, con excepción de los dos años que pasó en Lima (1617-1619), de los esporádicos viajes que hizo en varias oportunidades a Santa Fe de Bogotá y de sus incursiones a Urabá, Santa Marta, la zona minera de Antioquia y Maracaibo. Según señala la doctora Vila Vilar, su fundamental obra estaba terminada en 1623. El lamentado jesuita Ángel Valtierra sostuvo que ésta había sido escrita en Lima, pero ello está en contradicción con lo afirmado por el propio Sandoval que en más de diez ocasiones escribe “en esta ciudad de Cartagena”, lo que indica que era allí donde redactaba su libro. En Lima tal vez obtuvo gran parte de las referencias eruditas, de carácter teológico y moral, innumerables y sorprendentes en un autor cuya labor de investigación se llevó a cabo en las Indias. En 1647, en Madrid, publicó una segunda edición, considerablemente aumentada, de la primera parte de su obra, que es la más interesante y novedosa y que merece, sin duda, una reedición, ya que debieron ser muchos los nuevos datos acopiados por el curioso e inteligente sacerdote en veinte años adicionales de residencia en Cartagena, en contacto permanente con los esclavos que seguían llegando allá y con los armadores portugueses, que le sirvieron de fuente, la mayoría de ellos muy avisados y aun cultos, porque Sandoval los escogía con sumo cuidado.

A pesar de que el Padre General consideraba a Sandoval de carácter “áspero, desabrido y riguroso”, éste llegó a ser hacia 1624 Rector del Colegio de los Jesuitas en Cartagena, honor que no alcanzó el más aventajado y santo de sus discípulos: Pedro Claver.

Las interesantes informaciones que Sandoval suministra sobre fulos, fulupos (que parecen ser los mismos) jolofos berbesís, casangas, bañunes, biojós, mandingas, balantas, biáfaras y branes (papeles, bojolas y bisaos, etc.), zapes (bagas boulones, zozos, limbas y temnes, etc.) que vivían desde la hoy República de Senegal hasta la actual Guinea Konakry; minas, popóos, o ararás, lucumis, binis y carabalís (evos, ibos, cubais, cocos, colas, dembes, oquemas y querecas, etc.) establecidos desde la actual Ghana hasta el límite oriental de Nigeria; pukus, loangos, congos y angolas (angicos, malembas y monzolos) que se

extendían desde Camerún hasta Angola, estos últimos, casi todos, por no decir todos, de estirpe bantú, son de un valor difícilmente mensurable. Al releer este libro, encontramos algo que habíamos dejado pasar desapercibido: que el puerto principal de exportación de esclavos en la época de Sandoval y hoy capital de Angola, es decir, la isla de Luanda, pertenecía entonces políticamente al Reino del Congo o Monicongo, lo cual no afecta, según parece, los datos de la valiosa obra de Frederick P. Bowser sobre la esclavitud en el Perú, publicada en español por la Editorial Siglo XXI, en donde los angoleños predominan, pero sí otros estudios sobre la esclavitud de esa época. No faltaban desde luego, mozambiques y quizá macúas, de la Costa Oriental de África e inclusive paravas y zeilanés, del Sur de la India, que, aunque de piel atezada, no eran negros sino arios.

Los puertos africanos de más movimiento por aquella época eran Cacheo (hoy en Guinea Portuguesa) y las Islas de Cabo Verde, en donde se embarcaban los negros guineos; Santo Thomé, en donde se concentraban y se "reformaban" esclavos procedentes de las actuales Ghana y Togo y aun de Sierra Leona (debido a que los vientos y corrientes se dirigían hacia el Este) hasta Congo; y Luanda, el de mayor movimiento, en donde se reunían congoleños y angoleños (más de 10.000 por año que se dirigían al Brasil, América Española y otras partes). Había otros puertos menores como "el de los Berbesies" y el "de los Bijogoes" (biojós). El auge de Ouidah, en la actual República de Benín, vendría después.

Una precaución debe tomarse al leer este libro y es la de tener en cuenta que cuando Sandoval escribe 'españoles', sobre todo al referirse a los que residían o comerciaban en África, debe entenderse 'portugueses'. Unidas las coronas de España y Portugal desde 1580, Sandoval llama, naturalmente, 'españoles' a todos los habitantes de la Península y solo ocasionalmente usa la voz 'portugueses' en el entendido siempre, de que se trata de una región de España.

La obra está dividida en cuatro libros: el primero, que es el más útil para los lectores de hoy, señala la ubicación geográfica y las características físicas y etnográficas de los esclavos que llegaban a Cartagena desde el río Senegal hasta la isla de Luanda y aún más allá hasta el Océano Índico. El segundo es el más erudito pero al mismo tiempo el de más pesada lectura por la gran abundancia de citas de apóstoles, tratadistas y doctores de la Iglesia, dirigidas todas a encender en el corazón de los sacerdotes el deseo de ocuparse de la conversión y salud espiritual de los desgraciados esclavos. El tercero suministra métodos prácticos para conocer si los negros que llegaban a Cartagena estaban bautizados o no, para catequizarlos y bautizarlos, si fuere del caso, confesarlos, darles la comunión y administrarles la extremaunción

y desde luego para curar sus graves y dolorosas enfermedades e infundirles ánimo y consuelo. Finalmente, el libro cuarto, trata particularmente de la tarea cumplida por los jesuitas en favor de los negros de África y Asia (es decir los indios arios) y Oceanía (melanesios), especialmente por San Francisco Javier, a cuya labor espiritual dedica cuatro capítulos, y de la importancia que los superiores y provinciales de la Compañía de Jesús daban a la conversión de los 'morenos'.

El libro de Sandoval posee también gran interés desde el punto de vista lingüístico, pues es uno de los primeros en señalar la existencia de un criollo de base portuguesa en la isla de Santo Thomé y el primero en darnos noticia del criollo de base española que se hablaba seguramente en Cartagena, en el primer cuarto del siglo xvii, como bien lo ha demostrado Germán de Granda en diversos trabajos. Hay, además, numerosas pruebas de que Sandoval seseaba y del empleo de numerosas voces castizas con un sentido que hoy se ha perdido, o cambiado, o reducido a zonas limitadas del mundo hispano, como: *apurado* ('reducido', 'disminuído'), 238; *arco del cielo* ('arco iris'), 98; *arreo* ('seguido'), 262; *buey* ('ganado'), 199; *candela* ('vela'), 257; *canto* ('piedra'), 227; *colmo* ('ápice'), 300; *contentar* ('satisfacer'), 284; *chapetón* ('recién llegado'), 420; *decorar* ('aprender de memoria'), 561; *divertir* ('desviar'), 455; *frenesí* ('ataque de ira'), 315; *garavatos* ('tretas'), 378; *instituto* ('estatuto'), 255; *menguar* ('faltar'), 330; *mochilero* ('comprador de esclavos'), 146; *pañó* ('tela'), 162; *páramo* ('campo seco', 'yermo'), 81; *peligroso* ('en peligro'), 239; *pensar* ('dar pienso'), 199; *ratera* ('ruin'), 331; *recordar* ('despertar'), 424; *salva* ('prueba de los alimentos'), 167; *serenidad* ('tiempo seco'), 160; y *támaras* ('dátiles'), 192; o que siguen vivas en Andalucía, Canarias y/o la cuenca del Mar Caribe y otras regiones americanas, como: *alzapié* ('alboroto'), 157; *batallar* ('trabajar', 'bregar'), 396; *embustero* ('mentiroso'), 603; *estanciero* ('hacendado') 237; *gusarapilla* (¿'renacuajo?'), 57; *mazamorra* ('puches de maíz'), 125; *ostiones* ('ostras'), 83; *porcelana* ('lebrillo'), 435; *rabiosa* ('con ira'), 233.

También suministra variantes fonéticas, cuyo estudio puede resultar interesante, como: *ayunque*, 236; *biduinos*, 192; *clin* ('crin'), 211; *cute* ('piel'), 73; *güessos*, 433; *lantejas*, 186; *manijar*, 332; *mesmos*, 481; *proprio*, 323; *rendrijas*, 329; y *techadumbre*, 79.

No faltan algunos portuguesismos como *corrientes* ('cadenas'), 152, y *macareo* ('pororoca'), 108.

Hace también Sandoval, como era de esperarse, abundante uso de indigenismos, como *arcabuco*, 175; *barbacoa*, 115; *caimán*, 98; *canoa*, 147; *carey*, 172; *cazabe*, 237; *cazique* (en el sentido de 'sacerdote'), 196;

comején, 118; *chaco*, 159; *galpón*, 440; *huracán*, 609; *macana*, 158; *maíz*, 237; *manglar*, 104; *petaquilla*, 126; *pisco* ('pavo'), 132; *poto* ('olla'), 325; *tabaco*, 478; *tutuma*, 113; *vejucó*, 214; *yuca*, 237; *zavana*, 104; y *zeiba*, 116.

Sandoval suministra nuevas bases en apoyo de la tesis de que *batea* no sea indigenismo sino voz patrimonial, derivada quizá de *batear* = 'bautizar', que emplea todavía Juan de Mena en el siglo xv: "el Líbano monte do nace el Jordano / do fue bateado el fi de María" (*Laberinto de Fortuna*, estrofa 37), porque cada vez que usa *batea*, salvo una, lo hace para significar el 'lebrillo en donde se deposita el agua para el bautismo' (390, 402, 434). Entre las numerosas voces africanas nos interesan especialmente *cimbo* ('caracolillo que sirve de moneda', que seguramente es el antecesor del colombiano 'chimbo'), 133; *calambe* ('pampanilla', en Guinea), 111; *monicongos* ('congos'), 141; y *Negus* ('el emperador de Etiopía'), 175.

Vistas así, parcialmente, estas particularidades léxicas y dejadas de lado muchas otras, la obra de Sandoval impresiona por su riquísimo vocabulario, comparable con el de los escritores contemporáneos que vivían en la Península, los cuales disponían, como es obvio, de bibliotecas mejor provistas, de la consiguiente posibilidad de más abundantes y provechosas lecturas y de un ambiente cultural más propicio.

Es importante destacar que Sandoval registra, además, que la caña de azúcar se daba silvestre en la Costa Sureste de África, bañada por el Océano Índico y en la isla de Madagascar, aunque aquí no especifica si era cultivada o no (165, 171), todo lo cual comprueba el origen asiático de esta planta. Los cocoteros, que nunca mencionan en la Costa Atlántica de África, aparecen registrados en el Océano Índico cerca de Etiopía o Abisinia y más al Sur, en la Costa de Cabo Delgado (183, 213), lo que confirma su procedencia asiática. También menciona naranjos y limoneros silvestres en la Isla de Pemba enfrente de Mombaza, en el Océano Índico (189), lo que no deja de ser interesante.

Sea ésta la ocasión de reprochar al distinguido investigador Jean-Pierre Tardieu las injustas críticas que hace a Sandoval en su artículo "Du bon usage de la monstruosité: la vision de l'Afrique chez Alonso de Sandoval (1627)" (publicado en el *Bulletin Hispanique*, tomo LXXXVI, núms. 1-2, enero-junio de 1984, págs. 164 a 178) por haber aceptado la existencia de monstruos y admitido creencias aún vigentes en su tiempo. Sandoval era un hombre de su época y no podemos exigirle que piense como Teilhard de Chardin. Tiene, pues, excepcional valor el siguiente comentario de Tardieu, traducido por nosotros, con el cual cerramos esta reseña:

No hay ninguna duda de que el enorme trabajo de compilación realizado por el jesuita presenta aspectos positivos. La descripción geográfica del continente africano, sobre todo en lo que respecta a las costas, es minuciosa. Sorprende la precisión de los datos suministrados [allí]. Será preciso esperar los relatos de los viajeros de los siglos XVIII y XIX para tener informaciones tan ricas.

NICOLÁS DEL CASTILLO MATHIEU

Bogotá.

FEDERICO ÁLVAREZ O., *El periodista Andrés Bello*, Caracas, La casa de Bello, 2ª edición, 1981, 184 págs.

El mundo moderno ha reivindicado el verdadero perfil del periodista: correr menos y pensar más. El periodismo interpretativo o de opinión o de profundidad, se concilia con el buen pensar y con el buen escribir. La técnica periodística, la profundidad intelectual y humana que se aúnan en el escrito elegante y correcto, hacen de Andrés Bello un modelo americano para el periodismo actual.

Estas ideas enmarcan el libro de Federico Álvarez que reseñamos hoy y que nos proyecta luces de interés para contemplar una de las grandes facetas de don Andrés Bello: la de periodista.

Tres partes componen el libro: Caracas, Londres y Chile.

PRIMERA PARTE: *Caracas: punto de partida*. — La labor de Bello como periodista se inicia en la experiencia fallida de *El Lucero*. Entre 1808 y 1810 es redactor único de la *Gazeta de Caracas* y se constituye en el primer periodista venezolano. Se ha dicho que el punto de partida de Bello periodista estuvo en la *Biblioteca Americana* y no se menciona, por múltiples razones, su colaboración en la *Gazeta de Caracas*; probablemente, porque la *Gazeta* era el órgano oficial de la Corona española. ¿Por qué Bello se encargó de su redacción?

El núcleo central de esta primera parte lo constituye la descripción de los elementos fundamentales de la *Gazeta de Caracas* y de la labor de Bello en la redacción: estructura general, fuentes de información y, como tema unificador, la política española y Napoleón Bonaparte.

La *Gazeta* se convirtió en un periódico internacionalista y las noticias nacionales pasaron a un segundo plano como "noticias indiferentes". De igual manera, las informaciones culturales fueron deficientes y pobres. La censura oficial era evidente y fuerte.

SEGUNDA PARTE: *Londres: dos empresas independientes*. — Radicado en Londres, Bello participó decisivamente en dos revistas de profundo